

## ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



### LECCIÓN 263

#### **Mi santa visión ve la pureza de todas las cosas.**

##### **Comentario de Sarah:**

Esta Lección trata sobre ver a todos a través de una visión santa en lugar de buscar culpables, defectos, imperfecciones y diferencias. En otras palabras, es ver la inocencia en todos para poder conocerla en nosotros mismos. Vemos las diferencias en los cuerpos, en las personalidades y en lo que hacen los cuerpos. La Lección no consiste en negar las diferencias que vemos, sino en no utilizar lo que vemos con nuestros ojos para juzgar a los demás. Estamos llamados a **“contemplar todo cuanto vemos a través de una visión santa y de los ojos de Cristo.”** (L.263.2.1) Sea lo que sea lo que miremos y como sea que aparezcan las cosas a los ojos del cuerpo, recemos **“para que podamos pasarlas de largo con inocencia, y dirigirnos juntos a la casa de nuestro Padre como hermanos y como los santos Hijos de Dios que somos.”** (L.263.2.2)

Ver con visión es reconocer que todos somos iguales más allá de lo que nos muestran los ojos del cuerpo. Con la "evidencia" que nos ofrecen los ojos, vista a nuestra petición, nos dan certidumbre de las personas como pecadoras, malas, poco amables, exigentes y culpables, y las juzgamos como diferentes a nosotros. Lo hacemos porque queremos ver la culpa en ellos, en lugar de en nosotros mismos. Esto mantiene la separación y hace a los demás responsables de ella. Así es como hemos elegido mantener nuestra inocencia a costa de ellos. Es la razón por la que elegimos el sufrimiento para nosotros porque así podemos culpar a otro de ello. Y sin embargo, cuando vemos con la visión, que es ver más allá de las apariencias, vemos que sin importar cuáles sean las diferencias percibidas, todos somos puramente divinos, perfectos y santos. En otras palabras, somos un solo Ser. Compartimos los mismos atributos que nos dio nuestro Creador en nuestra creación. Cuando vemos a alguien menos que eso, nos proporciona otra oportunidad para la sanación. Hacemos la sanación cuando estamos dispuestos a mirar dentro de nuestra auto-condena que proyectamos en los demás. Así, ellos se convierten en un espejo de la culpa no sanada en nuestra propia mente. No podemos sanarnos a nosotros mismos, pero cuando estamos dispuestos a asumir la responsabilidad de nuestras proyecciones y a entregarlas verdadera y sinceramente al Espíritu Santo, Él hace el resto.

Siempre he tenido dificultades con las personas que lloriquean y se quejan de la vida. Siempre he valorado la actitud de "puedo hacerlo". Empecé hace años como trabajadora social, y tardé algún tiempo en reconocer que mi necesidad de rescate era parte de mi propia necesidad de sanación. Llegué a ver cómo el papel de trabajadora social que elegí me mantenía a salvo de mi propia vulnerabilidad y creencia en la debilidad. Al estar en el papel de rescatadora de otros, pude mantener mi propio sentido de debilidad e indignidad fuera de mi conciencia. Al ver a los demás como débiles y vulnerables, en lugar de a mí misma, podía mantener mi falsa creencia en mi propia fuerza. Pero sólo era una compensación por mi creencia oculta en mi vulnerabilidad. Mientras aparentemente ayudaba a los demás, me identificaba con su dolor o, por el contrario, juzgaba sus insuficiencias. La sanación

sólo llegó cuando estuve dispuesta a mirar estos aspectos de mí misma y asumir la responsabilidad de ellos.

Sólo podemos sanar lo que reconocemos. Hasta que no asumimos la responsabilidad de lo que proyectamos en los demás, mantenemos nuestra culpa oculta a nosotros mismos. Al retirar la proyección, la reclamamos como algo que reconocemos voluntariamente en nosotros mismos. ¿Significa eso que todo lo que juzgamos en los demás es un lugar no sanado en nosotros mismos? ¡Por supuesto que sí!

Cuando observamos el comportamiento sin juzgarlo, no estamos proyectando la culpa. Sin embargo, cuando nos comparamos como mejores que alguien, o mantenemos una posición superior o incluso inferior a ellos, estamos asumiendo diferencias. Jesús nos invita a reconocer que compartimos la misma necesidad y el mismo propósito que nuestro hermano. Nos invita a conocer el Ser Único, lo que hacemos reconociendo primero nuestra igualdad. Cuando vemos a los demás como culpables, estamos diciendo que Jesús se equivoca sobre quiénes son puros y santos y que lo que nosotros vemos es correcto. Justificamos nuestra ira y ataque cuando usamos lo que nuestros sentidos nos muestran como evidencia del estado pecaminoso de los demás. Nuestra parte es llevar nuestros juicios a nuestra propia mente. Este es el único lugar en el que puede producirse un cambio real. Tratar de cambiar a nuestros hermanos es sólo otra forma de ataque.

Cuando juzgamos el comportamiento de los demás, siempre es algo que rechazamos de nosotros mismos. No podemos curar nada que neguemos en nosotros. **“La búsqueda de la verdad no es más que un honesto examen de todo lo que la obstaculiza.”** (T.14.VII.2.1) (ACIM OE T.14.IV.25) La verdad ya está en nosotros. No hay ningún lugar al que debamos ir para encontrarla. Todo lo que tenemos que hacer es llevar todo lo que interfiere con ella al Espíritu Santo. Jesús no nos pide que lo hagamos en su nombre, sino en nombre de nuestra propia felicidad. Es la única manera de salir del sufrimiento. El truco es no juzgar ni crucificarnos cuando veamos nuestros juicios. Lo único que tenemos que hacer es reconocerlos. Mirar nuestras percepciones erróneas sin juzgarlas es mirarlas desde fuera del sueño con los "ojos" del amor. Desde este punto de vista, no hay nada que tomemos en serio ya que todo es un sueño.

Todo lo relacionado con este curso debe aplicarse a la forma en que vivimos nuestras vidas. Todo es, en última instancia, práctico. Podemos hablar de las ideas del Curso durante horas, pero ¿cómo ayudará eso a transformar nuestras vidas? Lo importante es reconocer que si estoy sintiendo algo que no sea la paz de Dios, estoy experimentando el ego. Si le doy importancia a cualquier cosa que no sea la paz de Dios, me perjudicará. **“Cualquier cosa en este mundo que creas que es buena o valiosa, o que vale la pena luchar por ella, te puede hacer daño y lo hará.”** (T.26.VI.1.1) (ACIM OE T.26.VII.44)

Es interesante ver lo que aparece en mi experiencia, ya que cada vez es más evidente que lo que albergo en mi mente aparece como un reflejo en el mundo. Siempre es una imagen externa de mi condición interna. Todo es una proyección de la mente. No somos víctimas del mundo. Atraemos las experiencias que nos ayudan a ver los lugares no sanados de nuestra mente. Si estamos experimentando problemas de indignidad, engaño o disfunción, atraeremos testigos de estos aspectos de nosotros mismos. Si tenemos problemas de carencia, codicia o necesidad, estos también aparecerán en nuestra experiencia. No hay accidentes. Sí, podemos enfadarnos mucho por la aparente injusticia de lo que parece estar sucediéndonos, pero la curación se produce cuando vemos que todo empieza en nuestra propia mente. Este es un pensamiento poderoso si estamos dispuestos a aceptarlo

como un hecho. Jesús nos advierte que tengamos cuidado con la tentación de vernos injustamente tratados.

Cuando nos identificamos con el ego rechazamos la responsabilidad de nuestra condición porque preferimos ser víctimas inocentes de las aparentes injusticias de lo que otros nos hacen. Cuando nuestras perspectivas no sanadas se mantienen ocultas a la conciencia, no es posible la curación. La única escapatoria es permanecer atentos a lo que sucede a nuestro alrededor, a cómo percibimos estas situaciones y eventos, y estar constantemente dispuestos a llevar nuestros falsos autoconceptos al Espíritu Santo para que se pueda hacer espacio para el milagro. La forma en que esto ocurra no depende de nosotros. Sólo estamos llamados a mirar abiertamente los oscuros lugares ocultos en la mente con valor y honestidad y traerlos a la luz. La verdad de lo que somos se encuentra detrás de estos autoconceptos y falsas creencias. La santidad es nuestra herencia y espera la liberación de los obstáculos en la mente para resplandecer.

Jesús nos pregunta cómo es posible que veamos cualquier cosa que Dios haya creado como si pudiera hacerse pecadora (L.263.1.2) Sólo en este sueño, que está siendo soñado por un loco, cualquier cosa que Dios haya creado pura podría ser vista como pecadora. Recuerda que en nuestra lectura de “**¿Qué es el pecado?**” (L.PII.P4) Jesús habló de los sueños del loco como algo espantoso y aterrador. Esa es nuestra experiencia. ¿Cómo es posible que lo que es alegre y eterno se convierta en “**imágenes tan tenebrosas y atemorizantes**”? (L.263.1.3) Es lo que hemos hecho al elegir al ego como nuestro "amigo", y seguimos haciendo esta elección cada vez que juzgamos a un hermano como culpable e indigno de nuestro amor.

Hace algunos años, Don compró un inodoro para nuestro sótano que me pareció demasiado caro. Le propuse que lo utilizara para el cuarto de baño del piso superior, donde también había que cambiar el inodoro, y que comprara algo más barato para el sótano. Se negó a discutir esta opción y a considerar mi sugerencia. Se convirtió en una batalla de voluntades: ambos defendíamos nuestras respectivas posiciones. Pedí ayuda para afrontar mi enfado y mi juicio por sentirme descontenta. Necesitaba un "tiempo muerto", así que fui a la computadora para escuchar alguna enseñanza y me dieron exactamente lo que necesitaba oír. Una mujer hablaba de este tipo de conflicto en su vida. Decía que siempre que ella y su marido veían las cosas de forma diferente, se sentaban juntos, se cogían de la mano, indicaban su voluntad de dejar de lado sus ideas sobre cualquier situación que encontraran y simplemente se sentaban en silencio y escuchaban lo que el Espíritu tenía que decir sobre lo que había que hacer. Se trata de la voluntad de dejar de lado una posición y de unirse y pedir en el interior. Me comprometí a centrarme más en preguntar en todo, en lugar de utilizar mis propias perspectivas limitadas para tomar decisiones. Si sentimos que tenemos que decidir algo, siempre significa que no tenemos claro qué hacer. Cuando tenemos claridad, no es necesario tomar una decisión. Simplemente se hace evidente. Y esto sólo puede ocurrir con el Espíritu Santo, que nos lleva más allá de nuestra propia mente razonadora.

Hoy se nos pide no sólo que veamos con la visión de Cristo, sino que pasemos por alto todas las apariencias. (L.263.2.2) ¿Qué significa esto? Al parecer, en el Evangelio de Tomás, del que se habla en el libro de Gary Renard "La Desaparición del Universo", hay una referencia a convertirse en transeúntes, que aparentemente tiene el mismo significado. Se trata básicamente de no engancharse. Esto puede ser un reto. Cuando nos encontramos con imágenes oscuras y temerosas, que son cosas de este mundo a las que damos significado, la idea es retirar el significado y los juicios que las acompañan y pasarlas de largo. Esto se relaciona con la cuestión del propósito, porque si nos dejamos arrastrar por las distracciones del mundo, no las estamos pasando de largo. Nuestro propósito se

convierte en hacer realidad la ilusión. Cuando me encuentro entrando en una discusión en la que muerdo el anzuelo en lugar de permanecer en un estado de paz, o si ofrezco opiniones en las que sería más beneficioso para mi paz mental simplemente estar quieta, entonces no las estoy pasando de largo. En estos casos, estoy eligiendo desechar mi paz y luego culpar a alguien por quitármela. Así es como cedemos nuestro poder cuando podríamos elegir pasar por alto la situación en su lugar. La única razón por la que nos enzarzamos en estos debates es para mantener la separación.

Hace algún tiempo estuvimos en un evento en el estadio de béisbol. En el salón, había un buffet disponible. Quien decidía pagar por él recibía un brazalete para indicar que había comprado una entrada. Me fijé en un grupo en una mesa contigua en la que una persona tenía el brazalete que significaba que había pagado el buffet, pero estaban dando de comer a cinco amigos que no habían pagado. Mi mente condenatoria estaba muy dispuesta a dejarse perturbar por este acontecimiento. En ese momento, no estaba dispuesta a **“contemplar todo cuanto veamos a través de una visión santa y de los ojos de Cristo.”** (263.2.1) No podía **“pasarlas de largo con inocencia”**. (263.2.2) y tenía todo tipo de juicios sobre la moralidad de esta situación. Mi mente era atraída como un imán hacia una escena de colisión, tomándolo todo. Al reflexionar después del suceso, me di cuenta de lo mucho que mi mente quería hacerlos ver mal y ver su culpabilidad. Está claro que, según las reglas de este mundo, no estaban actuando con integridad, pero para mí, fue mi atracción por la culpa lo que me arrastró a esta escena.

Hoy, nos comprometemos a 1) ver la pureza inherente en todos nuestros hermanos y 2) pasar por alto las formas del mundo, en lugar de engancharnos con nuestros pensamientos condenatorios. Nuestra verdadera identidad no es el cuerpo. Hemos sido creados a imagen de Dios. Se nos pide que consideremos en profundidad cómo es posible que consideremos pecaminoso lo que Dios ha creado. Si percibimos a alguien como pecador, oscuro y temeroso, sólo puede ser porque estamos proyectando nuestra propia culpa. Dios creó todo lo que es, y si no es de amor, no es de Él. Por lo tanto, sólo puede provenir del sueño de un loco, y nosotros somos el loco. Sanar el sueño nos permite ver con la visión santa.

**“Si pudieses darte cuenta, aunque sólo fuese por un instante, del poder curativo que el reflejo de Dios que brilla en ti puede brindar a todo el mundo, apenas podrías esperar a limpiar el espejo de tu mente a fin de que pudiese recibir la imagen de santidad que sana al mundo.”** (T.14.IX.7.1) (ACIM OE T.14. V.44) En estos instantes, experimentamos nuestra santidad. Durante el resto del tiempo, seguimos utilizando todo lo que aparece en nuestro día con un solo propósito: sanar la mente de las falsas percepciones de nosotros mismos y, por tanto, de todos los demás.

Amor y bendiciones, Sarah  
[huemmert@shaw.ca](mailto:huemmert@shaw.ca)